

Introducción a la Probl. Histórica
Prof. Viana

Traducción de
MARIANA SAÚL

maria eugene brazner
B-3686/2

11 D/F

Chauclanta -

MICHELLE PERROT

21

MI HISTORIA DE LAS MUJERES



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición en francés, 2006
Primera edición en español, 2008

Perrot, Michelle
Mi historia de las mujeres - 1ª ed- - Buenos Aires . Fondo de Cultura Económica, 2008
248 p. ; 21x14 cm. (Historia)

Traducido por: Mariana Saúl
ISBN 978-950-557-747-7

I. Historia de las mujeres. I. Saúl, Mariana, trad. II. Título
CDD 305.4

Diseño de tapa: Café Imagen
Imagen de tapa: Detalle de *La siega del heno* (1565) de Pieter Brueghel

Título original: *Mon histoire des femmes*
ISBN de la edición original: 2-02-086666-8
© Éditions du Seuil, 2006

D.R. © 2008, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
El Salvador 5665; 1414 Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Av. Picacho Ajusco 227; 14200 México D.F.

ISBN: 978-950-557-747-7

Se terminó de imprimir en el mes de febrero de 2008 en los Talleres Gráficos Nuevo Offset. Viel 1444, Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA
Hecho el depósito que previene la ley 11.723

ÍNDICE

<i>Nota del editor francés</i>	11
I. <i>Escribir la historia de las mujeres</i>	13
Itinerario	13
El silencio roto	17
La invisibilidad	18
Nacimiento de una historia de las mujeres	22
Las mujeres representadas: discursos e imágenes	25
El aluvión de discursos	27
La avalancha de imágenes	29
Fuentes: mujeres en los archivos	32
Voces de mujeres en las bibliotecas	40
De la prensa y las mujeres	43
De los lugares para la historia de las mujeres	47
II. <i>El cuerpo</i>	51
Las edades de la vida de una mujer	51
Las apariencias: el cabello de las mujeres	62
El cabello, entre salvajismo e identidad	64
Diferencia de los sexos y pilosidad: la barba y el cabello	66
El cabello, insignia y símbolo de la feminidad: representaciones e imágenes	68
Ocultar el cabello de las mujeres: la larga historia del velo	71
Peinarse el cabello, instrumento de seducción	74

✚ Cortarse el cabello: signo de emancipación.	
Los años veinte y treinta, llamados "locos"	75
Rapar el cabello de las mujeres	78
El sexo de las mujeres	80
La maternidad	88
Cuerpos sometidos	98
III. <i>El alma</i>	105
Mujeres y religiones	105
Herejes y brujas	111
El acceso al saber	116
La prohibición de saber	116
Los cambios contemporáneos	121
Mujeres y creación: escribir	123
La vida de artista	129
IV. <i>El trabajo de las mujeres</i>	137
Las campesinas	137
La vida cotidiana	140
Cambios en la vida del campo y de las mujeres	142
El trabajo doméstico	145
El ama de casa	146
La dueña de casa burguesa	147
Personal doméstico	148
¿Cambió el trabajo doméstico?	150
Obreras	151
Fábricas	152
Obreras de la costura	154
Los nuevos oficios de nivel terciario:	
empleadas, institutrices, enfermeras	157
Empleadas	158
Institutrices y profesoras	162
Artistas del espectáculo	164

V. <i>Mujeres en la polis</i>	171
Mujeres en movimiento: migraciones y viajes	171
Las mujeres en el tiempo de la Historia	179
Las formas de la acción colectiva	186
La política: ciudad prohibida	194
Feminismos	198
¿Y ahora?	211
<i>Bibliografía</i>	219
<i>Índice de nombres</i>	239

Lo hizo con energía y amor. Esta serie radiofónica tuvo un enorme éxito, y fueron muchos quienes entonces pidieron que sus palabras quedaran fijadas por escrito: hoy, ese deseo queda satisfecho.

I. ESCRIBIR LA HISTORIA DE LAS MUJERES

ITINERARIO

LA PRIMERA historia que quisiera contarles es la de la historia de las mujeres. Hoy en día se presenta como obvia: una historia "sin las mujeres" parece imposible. Sin embargo, no siempre existió. Al menos en el sentido colectivo del término, que no abarca sólo las biografías, las vidas de mujeres, sino las mujeres en su conjunto y a largo plazo. Esta historia es relativamente reciente; a grandes rasgos, tiene treinta años. ¿Por qué? ¿Por qué este silencio? ¿Y cómo se disipó?

Yo fui testigo de esta historia y, junto con muchas otras, protagonista. En calidad de tal quisiera decir unas palabras sobre mi experiencia, porque en ciertos aspectos resulta significativa tanto del pasaje del silencio a la palabra como del cambio de una mirada que, justamente, construye la historia o al menos hace emerger nuevos objetos en ese relato que es la historia, relación constantemente renovada entre el pasado y el presente.

La historia de las mujeres no estuvo entre mis primeros intereses; por otra parte, tampoco estuvieron las mujeres. En mi adolescencia lo que quería era acceder al mundo de los hombres, del saber, del trabajo y de la profesión. Por el lado de mi familia no encontré ningún obstáculo. Mis padres eran decididamente igualitarios, feministas sin teoría, y ellos me alentaron al estudio e incluso a la ambición. En la universidad de posguerra, la Sorbona de los años cin-

cuenta, los profesores eran todos hombres. Pero las alumnas eran cada vez más numerosas, aun cuando muchas veces la abandonarían en el camino; yo no sufrí ninguna discriminación en particular. Cuando en 1949 apareció *El segundo sexo*, de Simone de Beauvoir, se armó un escándalo. Yo estaba decididamente de su lado, pero la lectura parcial que entonces hice de ese texto no me conmovió. No pude ver su riqueza hasta tiempo después.

Lo económico y lo social dominaban ese período austero de la Reconstrucción, y ocupaban el horizonte de la sociedad tanto como el de la Historia. Hablábamos de comunismo, marxismo, existencialismo. La clase obrera nos parecía la llave de nuestro destino y del destino del mundo, a la vez que "la más numerosa y la más pobre", como decía el conde de Saint-Simon, símbolo de todas las opresiones, víctima gloriosa de una injusticia intolerable. Escribir la historia de la clase obrera era una manera de unirse a ella. En la Sorbona, Ernest Labrousse —el otro "grande", junto con Fernand Braudel— desarrollaba esta historia. Bajo su dirección, hice una tesis sobre los "obreros en huelga", en la que las mujeres ocupaban un solo capítulo. Al revés del motín del pan, la huelga, al menos en el siglo XIX, es un acto viril. Esta asimetría me impresionó, así como la burla de la que eran objeto las mujeres. Sin embargo, no me detuve mucho tiempo en este asunto: me afectaban mucho más los problemas de los trabajadores menos calificados o los extranjeros. La xenofobia más que el sexismo obrero.

Llegué a la historia de las mujeres en los años setenta, con el envío del Mayo francés y sobre todo del movimiento de las mujeres, con los que me topé de frente en la Sorbona —donde era profesora adjunta— y luego en París VII-Jussieu, una universidad nueva y abierta a innovaciones de todo tipo. Por supuesto, no se trató de una iluminación repentina. A lo largo de veinte años las cosas habían cambiado, y yo también. Comprometida con el movimiento de

las mujeres, quería conocer su historia (y hacerla, puesto que prácticamente no existía). Había una verdadera demanda en este sentido. Convertida en profesora, tras mi doctorado, ya podía tomar iniciativas. En 1973, con Pauline Schmitt y Fabienne Bock hicimos un primer curso que llamamos "¿Las mujeres tienen una historia?". título que delataba nuestras incertidumbres y traducía nuestra timidez. No estábamos seguras de que las mujeres tuvieran una historia, sobre todo porque el estructuralismo de Claude Lévi-Strauss había insistido mucho en el papel que ellas tenían en la reproducción y los lazos familiares: "Intercambio de bienes, intercambio de mujeres". No sabíamos cómo enseñar esa historia. No teníamos materiales ni métodos. Sólo preguntas. Apelamos a las sociólogas, más adelantadas que nosotras,¹ y a nuestros colegas historiadores,² y les preguntamos cómo habían resuelto en sus estudios históricos la cuestión de las mujeres. El curso fue un gran éxito. El movimiento estaba en marcha y ya no se detendría. Interrumpiré en este punto la evocación de una historiografía cuyo camino examinaremos y cuyos resultados apreciaremos a lo largo del presente relato. Este itinerario mío, de un descubrimiento, de una llegada, se inscribe en un movimiento colectivo. Para atenerme al plano universitario, señalaré las iniciativas idénticas y paralelas en Aix-en-Provence,³ en

¹ Andrée Michel inauguró el curso con una exposición sobre "los modelos de la familia", y fue impugnada por algunos estudiantes que malinterpretaron el sentido de la palabra "modelo": no querían más modelos familiares, según dijeron. Andrée Michel los tranquilizó.

² Pierre Vidal-Naquet, Jacques Le Goff, Emmanuel Le Roy Ladurie, Jean-Louis Flandrin —pionero en los estudios sobre la sexualidad—, Mona Ozouf y Jean Chesneaux aportaron su colaboración.

³ Yvonne Knibiehler fundó, junto con sus colegas, el primer *Bulletin d'information et d'études sur les femmes* [Boletín de información y estudios sobre las mujeres], el BIEF, y organizó el primer coloquio (1975), "Las mujeres y las humanidades". Sus trabajos sobre la maternidad, el nacimiento, las mujeres y los médicos, las enfermeras y las asistentes sociales, sobre todo, sientan cátedra.

Toulouse,⁴ en la Universidad de París VIII,⁵ en Lyon (en psicología social), etc. En el exterior el movimiento era previo y mucho más intenso: en los Estados Unidos, en Gran Bretaña, el papel de los *Women's Studies* era precursor⁶ y nosotros lo seguíamos con vivo interés. Esta corriente se desarrolló rápidamente, con variantes, en los Países Bajos, en Alemania (en torno a la Universidad de Bielefeld y la Universidad Libre de Berlín), en Italia —donde tuvo una originalidad y una vitalidad notables—, un poco más tarde en España, en Portugal, etc. En pocas palabras: fue, es, un movimiento mundial, que hoy está particularmente vivo en Quebec, en América Latina (sobre todo en Brasil), en India, en Japón... El desarrollo de la historia de las mujeres acompañó en sordina el "movimiento" de las mujeres hacia su emancipación y su liberación. Es la traducción el efecto de una toma de conciencia aun más abarcadora: la de la dimensión sexuada de la sociedad y de la historia.

En treinta años ya se sucedieron varias generaciones intelectuales que produjeron —mediante tesis y libros— una acumulación que dejó de ser "primitiva". Hoy existe una revista, *Clio. Histoire, femmes et sociétés*, asociaciones,⁷ numerosos coloquios y antologías de trabajos. En Blois, los encuentros llamados *Rendez-vous de l'histoire* (2004) sobre "Las mujeres en la historia" tuvieron gran éxito.

La historia de las mujeres cambió. En sus objetos de estudio, en sus puntos de vista. Empezó por una historia del cuerpo y de los roles privados para llegar a una historia de las muje-

⁴ Con Rolande Treppe y Marie-France Brive.

⁵ Con Claude Mossé, Madeleine Rebérioux y Béatrice Slama.

⁶ Gracias a Françoise Basch, profesora de civilización angloamericana en el Instituto Charles V (París VII), se estableció un vínculo con la investigación angloamericana desde principios de los setenta.

⁷ Mnemosyne, la SIEFAR (Société internationale pour l'étude des femmes de l'Ancien Régime [Sociedad Internacional para el Estudio de las Mujeres del Antiguo Régimen]), Archives du féminisme (Centro de Archivos de Angers).

res en el espacio público de la ciudad, del trabajo, de la política, de la guerra, de la creación. Empezó por una historia de las mujeres víctimas para llegar a una historia de las mujeres activas, en las múltiples interacciones que originan los cambios. Empezó por una historia de las mujeres para convertirse más precisamente en una historia del género, que insiste sobre las relaciones entre los sexos e integra la masculinidad. Expandió sus perspectivas espaciales, religiosas y culturales.

De todo ello quisiera dar cuenta aquí, del modo más amplio posible, pues esta historia de las mujeres no es "mi" historia de las mujeres. Este posesivo no implica ninguna propiedad.

Sin caer en una exhaustividad extenuante, quisiera tirar de algunos hilos de esta inmensa tela y abordar ciertos temas: "El silencio y las fuentes", "El cuerpo", "El alma", "Trabajo y creación", "Mujeres en la polis"; con ejemplos, con caras, con historias elegidas en un espacio-tiempo lo más vasto posible. Sin embargo, un poco por necesidad y otro poco por mi propia especialidad, estos elementos serán extraídos de la historia de la Francia y el Occidente contemporáneos.

En filigrana, siempre se encuentra la siguiente pregunta: ¿qué cambió en las relaciones entre los sexos, en la diferencia de los sexos representada y vivida? ¿Cómo, si no por qué? ¿Y con qué efectos?

EL SILENCIO ROTO

Escribir la historia de las mujeres es sacarlas del silencio en que estaban sumergidas. Pero, ¿por qué este silencio? Y antes que nada: ¿las mujeres tienen sólo una historia?

La pregunta puede parecer extraña. "Todo es historia", decía George Sand, y Marguerite Yourcenar afirmó más tarde: "Todo es la historia". ¿Por qué las mujeres no pertenecerían a la historia?

Todo depende del sentido que se dé a la palabra "historia". La historia es lo que pasa, la sucesión de los acontecimientos, de los cambios, de las revoluciones, de las evoluciones, de las acumulaciones que tejen el devenir de las sociedades. Pero también es el *relato* que se hace de ellos. Los ingleses distinguen *story* de *history*. Las mujeres han quedado largamente excluidas de este relato, como si, condenadas a la oscuridad de una reproducción inenarrable, estuvieran fuera del tiempo o por lo menos fuera del acontecer. Sepultadas bajo el silencio de un mar abismal.

Por cierto, en este silencio profundo las mujeres no están solas. Dicho silencio envuelve el continente perdido de las vidas engullidas por el olvido en que la masa de la humanidad queda abolida, pero cae con más peso sobre ellas. Y esto por varias razones.

La invisibilidad

En principio, porque a las mujeres se las ve menos en el espacio público, el único que durante mucho tiempo mereció interés y relato. Ellas trabajan en la familia, confinadas en casa (o en lo que hace las veces de casa). Son invisibles. Para muchas sociedades la invisibilidad y el silencio de las mujeres forman parte del orden natural de las cosas. Son la garantía de una polis pacífica. Su aparición en grupo da miedo. Para los griegos significa la *stasis*, el desorden.⁸ Su palabra pública es indecente. "Que la mujer se mantenga en silencio. Porque Adán fue formado primero y Eva en segundo lugar. Y el engañado no fue Adán, sino la mujer que, seducida, incurrió en la transgresión", dice el apóstol Pablo.⁹ Ellas deben pagar su falta con un silencio eterno.

⁸ Sobre este tema, véanse los trabajos de Nicole Loraux.

⁹ Primera Epístola a Timoteo, 2. 12-14.

Hasta el cuerpo de las mujeres asusta. Se lo prefiere tapado. Los hombres son individuos, personas, tienen apellidos que pueden transmitir. Algunos son "grandes": "grandes hombres". Las mujeres no tienen apellido: sólo nombre de pila. Aparecen confusamente, en la penumbra de grupos oscuros. "Las mujeres y los niños", "primero", o al costado, o afuera, según el caso: la expresión clásica traduce esta generalización. Al principio de *Tristes trópicos*, Claude Lévi-Strauss describe un pueblo después de que los hombres han salido a cazar: ya no quedaba nadie, dice, salvo las mujeres y los niños.

Porque se las ve poco, se habla poco de ellas. Y ésta es una segunda razón de silencio: *el silencio de las fuentes*. Las mujeres dejan pocas huellas directas, escritas o materiales. Su acceso a la escritura fue más tardío. Sus producciones domésticas se consumen más rápido, o se dispersan con mayor facilidad. Ellas mismas destruyen, borran sus huellas porque creen que esos rastros no tienen interés. Después de todo, sólo son mujeres, cuya vida cuenta poco. Hay incluso un pudor femenino que se extiende a la memoria. Una desvalorización de las mujeres por ellas mismas. Un silencio consustancial a la noción de honor.

En cuanto a los observadores o a los cronistas, hombres en su gran mayoría, les prestan una atención reducida o guiada por estereotipos.

Es cierto, se habla de mujeres, pero de manera general. "Las mujeres son...", "La Mujer es...". La verbosidad del discurso sobre las mujeres contrasta con la ausencia de información precisa o detallada. Lo mismo ocurre con sus imágenes. Producidas por los hombres, estas imágenes nos dicen, sin dudas, más sobre los sueños o los temores de los artistas que sobre las mujeres reales. Ellas son imaginadas, representadas, más que descritas o narradas. He allí una segunda razón para el silencio y la oscuridad: la asimetría sexual de las fuentes; variable, por otra parte, desigual según las épocas, y sobre la cual deberemos volver.

Pero el silencio más profundo es el del relato. El relato de la historia tal como lo construyen los primeros historiadores griegos o romanos concierne al espacio público: las guerras, los reinados, los hombres "ilustres", o al menos los "hombres públicos". Lo mismo sucede con las crónicas medievales y la historia sagrada, que habla de santos más que de santas. Y además, los santos actúan, evangelizan, viajan. Las mujeres preservan su virginidad y rezan. O acceden a la gloria por el martirio, espléndido honor.

Las reinas merovingias, tan crueles, las damas galantes del Renacimiento, las cortesanas de todas las épocas hacen soñar. Para existir hay que ser piadosa o escandalosa.

En el siglo XVIII y sobre todo en el XIX, la historia se vuelve más científica y profesional. ¿Se da entonces más lugar a las mujeres y a las relaciones entre los sexos? Un poco más. Michelet habla de las mujeres en la historia de Francia: la terrible regencia de Catalina de Médicis muestra los inconvenientes de las mujeres en el poder. La Noche de San Bartolomé, para él, sería casi un efecto de la transgresión de los géneros. Mientras que la intervención de las mujeres del puerto de La Halle, los días 5 y 6 de octubre de 1789, ilustra su papel positivo cuando se comportan como madres y amas de casa.¹⁰ Su visión de la historia está muy influenciada por su representación de los roles que desempeña cada sexo. Michelet valora a la "mujer del pueblo", pues "no hay nada más pueblo que la mujer", dice. Y es así como las mujeres aparecían en los "manuales escolares" de la Tercera República. Más allá de Juana de Arco, única verdadera heroína nacional, esos manuales hablan muy poco de las mujeres.¹¹

¹⁰ "Las mujeres estuvieron a la vanguardia de nuestra Revolución. No hay que asombrarse por ello. Ellas sufrían más" (Jules Michelet, *Histoire de la Révolution française*, t. I, París, Gallimard, col. "Bibliothèque de la Pléiade", p. 254 [trad. esp.: *Historia de la Revolución francesa*, Buenos Aires, Argonauta, 1946]).

¹¹ Denise Guillaume, *Le Destin des femmes à l'École. Manuels d'histoire et société*, París, L'Harmattan, 1999; Françoise y Claude Lelièvre, *L'Histoire des femmes publiques contée aux enfants*, París, PUF, 2001.

La principal novedad viene por el lado de las autoras que estudió una joven historiadora, Isabelle Ernot.¹² Ellas se llaman Louise de Kéralio, autora de *Les crimes des reines de France* (1791), Laure d'Abrantès, Hortense Allart y madame de Renneville, mujeres muchas veces de origen aristocrático que intentan ganarse la vida con su pluma. A mediados del siglo XIX, son cada vez más las que escriben biografías de mujeres: reinas, santas, cortesanas, "mujeres excepcionales" cuyo destino perfora la noche de las mujeres. Al principio se ocupan de Blanca de Castilla, Juana de Navarra, madame de Maintenon y sobre todo María Antonieta, "calamidad y sanguijuela de los franceses" para algunas, reina desgraciada para otras que intentan reivindicarla, y a la cual Olympe de Gouges dedicó la *Declaración de los derechos de la mujer y la ciudadana*. Pero también se ven algunos intentos de captar la evolución de la condición de las mujeres en un plazo más largo. Así, Olympe Audouard publica *Gynécologie. La Femme depuis six mille ans* (1873), donde se pregunta por el papel del cristianismo en esta evolución. Es el indicio de un interés por el tema que se afirmará sobre todo bajo el Segundo Imperio, clerical y conservador, como un desafío al clericalismo de Monseñor Dupanloup y a la misoginia de Pierre-Joseph Proudhon.

En el período de entreguerras las mujeres acceden a la universidad. Muchas manifiestan su interés por la historia de las mujeres y sobre todo por la historia del feminismo: Marguerite Thibert o Édith Thomas,¹³ por ejemplo. Pero

¹² Isabelle Ernot, "Historiennes et enjeux de l'écriture de l'histoire des femmes, 1791-1948", tesis de la Universidad de París VII, 2004.

¹³ Marguerite Thibert (1886-1982) defiende una de las primeras tesis de historia sobre las sansimonianas. Édith Thomas (1909-1970) es autora de muchas obras sobre las mujeres desde 1848, como Pauline Roland, George Sand o Louise Michel. La biografía de Dorothy Kaufmann, *Édith Thomas. A Passion for Resistance*, Ithaca, Cornell University Press, 2004, fue traducida al francés en 2007 y editada por Autrement bajo el título de *Édith Thomas, passionnément résistante*.

ellas siguen siendo marginales respecto de la revolución historiográfica que constituye la "escuela de los *Annales*". Así se llama al núcleo constituido por Marc Bloch y Lucien Febvre alrededor de la revista del mismo nombre.

Esta escuela innovadora rompió con una visión exclusivamente política de la historia, pero lo económico y lo social seguían siendo sus prioridades. La corriente era bastante indiferente a la diferencia de los sexos, que no constituía para ellos una categoría de análisis. Sin embargo, Lucien Febvre publicó un brillante ensayo sobre Margarita de Navarra, *Amour sacré, amour profane: autour de l'Heptaméron* (1944), que esboza una historia del sentimiento amoroso e incluso de la violación: una veleidad que la segunda generación de los *Annales*, la de Ernest Labrousse y Fernand Braudel, no profundizó.

¿Cómo cambiaron las cosas? ¿Cómo nació una "historia de las mujeres", de la que ellas fueron la materia prima, a la vez objeto y sujeto del relato?

*Nacimiento de una historia de las mujeres*¹⁴

Surgió en Gran Bretaña y los Estados Unidos en los años sesenta, y en Francia una década más tarde. Muchas series de factores imbricados —científicos, sociológicos, políticos— convergieron en la emergencia del objeto "mujer", en las humanidades en general y en historia en particular. Evocaré estos factores brevemente.

Factores científicos: alrededor de los años setenta se opera una renovación del cuestionamiento, ligada a la crisis de los sistemas de pensamiento (marxismo, estructuralismo), a la modificación de las alianzas disciplinarias y al cre-

¹⁴ Sobre esta historiografía, véase Françoise Thébaud, *Écrire l'histoire des femmes*, Fontenay-aux-Roses, ediciones ENS, 1998.

cimiento de la subjetividad. La historia se reconcilia con la antropología y redescubre la familia; la demografía histórica, en pleno auge, mide todas sus dimensiones. Mediante datos como la natalidad, la nupcialidad, la edad al contraer matrimonio o la mortalidad, capta —sin por eso atarse a ella— la dimensión sexuada de los comportamientos. De paso, se plantea la cuestión de las mujeres como sujetos. El quehacer de Georges Duby, llegado a la historia de las mujeres por la vía antropológica, ilustra esta evolución. Tras haber escrutado el funcionamiento del matrimonio feudal en el siglo XII, en *El caballero, la mujer y el cura*,¹⁵ se interroga: "Pero, ¿y las mujeres? ¿Qué sabemos de ellas?", una cuestión que en adelante permanecerá en el corazón de su investigación.

A través de la familia se introducían nuevos personajes: los niños, los jóvenes; otros cuestionamientos: las edades de la vida, lo privado. Philippe Ariès y Georges Duby dedicaron a ello una serie muy amplia,¹⁶ en la que las mujeres estaban necesariamente presentes. Después de la historia de la locura, Michel Foucault emprendía la de la sexualidad,¹⁷ en cuyo marco preveía un volumen sobre "la mujer histérica". La "Nueva Historia" (así se llamó a la tercera generación de los *Annales*) multiplicaba los objetos en un "vértigo de la profusión"¹⁸ que a veces fue

¹⁵ Georges Duby, *Le Chevalier, la Femme et le Prêtre. Le mariage dans la France féodale*, París, Hachette, 1981 [trad. esp., *El caballero, la mujer y el cura: el matrimonio en la Francia feudal*, Madrid, Taurus, 1999].

¹⁶ Philippe Ariès y Georges Duby (dirs.), *Histoire de la vie privée. De l'Antiquité à nos jours*, 5 vols., París, Seuil, 1986-1987 [trad. esp., *Historia de la vida privada. De la Antigüedad a nuestros días*, Madrid, Taurus, 1989]. Yo misma dirigí el volumen dedicado al siglo XIX.

¹⁷ Michel Foucault, *Histoire de la sexualité*, t. 1: *La Volonté de savoir*, París, Gallimard, 1976 [trad. esp., *Historia de la sexualidad*, t. 1: *La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI, 2005].

¹⁸ Según la expresión de Alain Corbin, él mismo "historiador de lo sensible" y representativo de esta evolución. Después de su tesis sobre *Archaïsme et modernité en Limousin au XIX^e siècle* (París, Marcel Rivière, 1975), su primer libro trató sobre *Les Filles de noce. Misère sexuelle et prostitution au XIX^e siècle* (París, Aubier, 1978).

tildado de "atomización" pero que sin dudas fue favorable a la innovación. El clima intelectual cambió. La manera de escribir la historia también.

Existen *factores sociológicos*, a saber, la presencia de las mujeres en la universidad. Como estudiantes: ellas representan casi un tercio de los inscriptos en los años setenta. Como docentes: tras haber sido "indeseables" durante largos años, luego de la Segunda Guerra Mundial se abren un camino y hoy en día constituyen casi un tercio del personal. Esta feminización puede ser el germen de una demanda renovada, o por lo menos de una atención favorable.

Los *factores políticos*, en el sentido amplio del término, fueron decisivos. El Movimiento de Liberación de las Mujeres, desarrollado a partir de los años setenta,¹⁹ en principio no apuntaba a la universidad y, aunque sus preocupaciones no incluían la historia, se apoyaba en mujeres intelectuales, lectoras de Simone de Beauvoir que creían haber resuelto el problema de *El segundo sexo*. Este movimiento tuvo efectos de saber, al menos de dos maneras. En primer lugar, en su búsqueda de ancestros y de legitimidad, y por su deseo de encontrar pistas y hacerlas visibles, inició un "trabajo de memoria" que no ha dejado de desarrollarse desde entonces en la sociedad en su conjunto. En un plazo más largo, el movimiento tuvo ambiciones más teóricas. Pretendía criticar los saberes constituidos, que se presentaban como universales a pesar de su carácter frecuentemente masculino. En los años setenta y ochenta hubo una voluntad de "ruptura epistemológica" que afectó principalmente a las ciencias sociales y humanísticas, pero que ocurrió también en las matemáticas.²⁰

Así nació el deseo de otro relato, de otra historia.

¹⁹ Françoise Picq, *Libération des femmes. Les années-mouvement*, Paris, Seuil, 1993.

²⁰ Alrededor de la asociación "Mujeres y ciencias" de Claudine Hermann, por ejemplo. Se trataba menos del contenido de las matemáticas que de sus condiciones sexuadas de enseñanza.

LAS MUJERES REPRESENTADAS: DISCURSOS E IMÁGENES

Para escribir la historia hacen falta fuentes, documentos, huellas. Y esto constituye una dificultad en la historia de las mujeres. Su presencia suele estar tachada, sus huellas borradas, sus archivos destruidos. Hay un déficit, una carencia de huellas.

En principio, por falta de registro. Por el lenguaje mismo. A ello contribuye la gramática, que en caso de carácter mixto recurre al masculino plural: *ellos* disimula *ellas*. En caso de huelgas mixtas, por ejemplo, con frecuencia ignoramos el número de mujeres.

Las estadísticas suelen ser asexuadas, sobre todo en el ámbito económico, las estadísticas industriales o laborales. La sexuación de las estadísticas es relativamente reciente y exigida por sociólogas del trabajo feministas. ¿Acaso no es necesario conocer para analizar? Hoy nos encontramos con problemas análogos a los de los orígenes étnicos, cuya identificación atormenta, con mayor gravedad, al ámbito de los demógrafos.

Mediante el matrimonio las mujeres perdían su nombre; en Francia, por lo menos, pero no sólo allí. Suele ser difícil, e incluso imposible, reconstituir linajes femeninos. La investigación demográfica llamada TRA e iniciada por Jacques Dupâquier, que estableció la genealogía de las familias cuyos apellidos comienzan por *Tra* para estudiar los fenómenos de movilidad social, ha debido renunciar a las mujeres por esta razón. No hay dudas de que el retroceso del matrimonio y la posibilidad de elegir el apellido propio y el que se lega a los hijos complicarán el futuro de los demógrafos y genealogistas. Esta revolución "del nombre es rica en sentido.

En general, cuando las mujeres aparecen en el espacio público los observadores se desconciertan; las ven en masa o en grupo, lo que por otra parte corresponde en general a

su modo de intervención colectiva: ellas intervienen en tanto madres, amas de casa, guardianas de los víveres, etc. Se abusa de los estereotipos para designarlas y calificarlas. Los comisarios de policía hablan de "harpías" o de "marimachos" para designar a las manifestantes, casi siempre llamadas "histéricas" si profieren el más mínimo grito. La psicología de las masas presta a las masas una identidad femenina, susceptible de pasión, de nerviosidad, de violencia, incluso de salvajismo.

La destrucción de las huellas también opera. Esta destrucción es social y sexualmente selectiva. En una pareja en la que el hombre es famoso, se conservarán los papeles del marido, no los de su mujer. Es así como se guardaron las cartas de Tocqueville a su esposa, pero no las que ésta le mandaba a aquél. Hasta hace poco se descuidaban los archivos privados y los depósitos públicos recibían con reticencia papeles que no se sabía cómo administrar. Para los políticos o los escritores, vaya y pase. Pero ¿para la gente común? Y, sobre todo, ¿para las mujeres? Como reacción a esta actitud se creó, hace unos diez años, bajo el impulso de Philippe Lejeune, una asociación destinada a recibir y promover el depósito de los archivos privados.

También opera una autodestrucción de la memoria femenina. Convencidas de su insignificancia, muchas mujeres, extendiendo a su pasado el sentimiento de pudor que se les había inculcado, destruían —y destruyen— sus papeles personales al final de sus vidas. Quemar los propios papeles, en la intimidad de la habitación desierta, es un gesto clásico de la mujer anciana.

Todas estas razones explican que haya una carencia de fuentes, no sobre las mujeres —y menos aún sobre la mujer—, sino sobre su existencia concreta y su historia singular. En el teatro de la memoria, las mujeres son sólo sombras.

El aluvión de discursos

En cambio, hay una gran abundancia, incluso sobrecarga, de discursos sobre las mujeres: avalancha de imágenes, literarias o plásticas, que la mayoría de las veces son obras de los hombres. Generalmente, no se sabe qué pensaban de ellas las mujeres, cómo las veían o las percibían.

De las mujeres se habla. Sin cesar, de manera obsesiva. Para decir lo que son, o lo que deberían hacer. Eso ocurre en el caso de los filósofos. Françoise Collin, Évelyne Pisier y Eleni Varikas hicieron una *antología crítica*²¹ de textos que tratan menos de la diferencia de los sexos, tema poco abordado por la filosofía, que de las mujeres. "La cuestión de la sexuación se presenta siempre en el texto filosófico como una cuestión de mujeres, que se refiere a las mujeres." Pues la diferencia viene de ellas, de su desvío de la norma masculina. "Su sexo y el nuestro", como dice Rousseau; "nosotros y ellas". Textos de hombres, sobre todo: cincuenta y cinco hombres para cuatro mujeres, lo cual corresponde a la asimetría sexual del discurso filosófico. Este libro ofrece fragmentos de grandes clásicos, a veces difíciles de encontrar, clasificados en conjuntos: el pensamiento griego, el de los Padres de la Iglesia y los teólogos, el de los filósofos del Iluminismo, el pensamiento inglés —muy innovador— y el alemán, Proudhon y la escuela de Frankfurt (Adorno). Freud, curiosamente poco elocuente en temas sobre feminidad, está presente con un texto poco conocido.

Hojear esta antología es una oportunidad para tomar contacto —y luego no volver tanto sobre el tema— con el aluvión de estos discursos. Pensemos en Aristóteles, o el pensador de la

²¹ Françoise Collin, Évelyne Pisier y Eleni Varikas, *Les Femmes de Platon à Derrida. Anthologie critique*, París, Plon, 2000.

dualidad de los géneros. De todos los filósofos griegos, y a diferencia de Platón, es el que establece de manera más radical la superioridad masculina.²² Las mujeres se mueven en los límites de lo civilizado y lo salvaje, del humano y la bestia. Son una amenaza potencial para la vida armoniosa de la colectividad. ¿Cómo mantenerlas alejadas? Las mujeres no son sólo diferentes: modelado inacabado, hombre fallido, son incompletas, defectuosas. La frialdad de la mujer se opone al calor del hombre. Ella es nocturna, él es solar. Ella es pasiva y él activo. El hombre es creador: por su aliento, el *pneuma*, y por su simiente. En la generación la mujer no es más que un recipiente del que sólo cabe esperar que sea un buen receptáculo. El pensamiento de Aristóteles modela por largo tiempo el pensamiento de la diferencia de los sexos. En efecto, es retomado con algunas modificaciones por la medicina griega, la de Galeno, y en la Edad Media por el teólogo Tomás de Aquino.

Pablo (en la primera Epístola a Timoteo), prescribe a las mujeres el silencio: "Que la mujer oiga la instrucción en silencio, con toda sumisión. No permito que la mujer enseñe ni que domine al hombre".

Para Bossuet hay una homología entre el absolutismo conyugal y el absolutismo real: "Eva es desgraciada y está maldita en todo su sexo". Y, a título de consuelo: "Las mujeres no tienen más que recordar su origen y, sin ponderar en exceso su delicadeza, han de pensar que proceden de un hueso supernumerario en el que no había ninguna belleza, y que si tienen alguna han de dar gracias a Dios".

Ya tendremos ocasión de volver sobre estas raíces religiosas de la jerarquía sexual. El Siglo de las Luces y la ciencia no son mejores consejeros. Numerosos filósofos encuentran en las ciencias naturales y la medicina argumentos suplementarios

²² Françoise Héritier, *Masculin/Féminin*, t. 1: *La Pensée de la différence*, París, Odile Jacob, 1996 [trad. esp.: *Masculino/Femenino*, t. 1: *El pensamiento de la diferencia*, Barcelona, Ariel, 1996].

para demostrar la inferioridad de las mujeres, de Rousseau a Augusto Comte: "Hoy no puede negarse seriamente la evidente inferioridad relativa de la mujer, mucho menos apta que el hombre a la indispensable continuidad y a la alta intensidad del trabajo mental, ya sea en virtud de la menor fuerza intrínseca de su inteligencia, ya debido a su más viva susceptibilidad moral y psíquica". Para no hablar de Proudhon, cuya voluntad de diferenciación jerárquica es aun más sistemática.

Felizmente, hay voces más reconfortantes. Por ejemplo la de Condorcet, el más igualitario. Él preconiza el otorgamiento a las mujeres del derecho de ciudadanía y su admisión en la ciencia: "Las mujeres tienen los mismos derechos que los hombres; tienen, pues, aquel de obtener las mismas facilidades para obtener los mismos conocimientos, que son los únicos medios para ejercer realmente esos derechos, con la misma independencia e igual alcance".

Mi intención no es estudiar hoy el pensamiento filosófico de la diferencia de los sexos —inmensa cuestión—,²³ sino señalar la presencia de las mujeres en el discurso científico, así como en el discurso popular, novelesco o poético. Se habla tanto de ellas.

La avalancha de imágenes

Y se las pinta, se las representa desde que el tiempo es tiempo, desde las grutas de la prehistoria, en las que no se terminan de descifrar sus huellas, hasta las revistas y publicidades contemporáneas. Las paredes de la ciudad están saturadas de imágenes de mujeres. Pero, ¿qué nos dicen sobre sus vidas y sus deseos?

²³ Véase Geneviève Fraisse, *La Différence des sexes*, París, PUF, 1996 [trad. esp.: *La diferencia de los sexos*, Buenos Aires, Manantial, 1996].

El problema de las imágenes fue planteado sobre todo por los historiadores de la Antigüedad, Paul Veyne, y de la Edad Media, Georges Duby, impresionados por el silencio de las mujeres en las épocas que estudiaban. En *Los misterios del gineceo*, magnífico análisis del fresco de la Villa de los Misterios de Pompeya, Paul Veyne se pregunta por aquello que esas representaciones dicen de las mujeres y de su deseo. "La mirada no es simple, y la relación entre la condición de las mujeres y la imagen de la mujer lo es aun menos", dice. Por su parte, Françoise Frontisi-Ducroux, al final de un cautivante estudio sobre "el sexo de la mirada", concluye más radicalmente que es imposible, para esas épocas antiguas, llegar a la mirada de las mujeres, "construcción del imaginario de los hombres".

Georges Duby no es mucho más optimista. En el prólogo a *Images de femmes*, insiste en algo que para él constituía una obsesión enigmática: la fuerza de la iniciativa masculina que obliga a las mujeres a ser sólo espectadoras, más o menos anuentes, de ellas mismas. "Las mujeres no se representaban ellas mismas [escribe Duby]. Ellas eran representadas. [...] Aún hoy, es una mirada de hombre la que se fija sobre la mujer", esforzándose por reducirla o seducirla. Él espera que, a pesar de todo, las mujeres encuentren algún placer en esa mirada.

Entonces, ¿qué hacer con esas imágenes que nos hablan más que nada sobre el imaginario de los hombres? Puede hacerse el inventario de las representaciones de la feminidad. Puede uno preguntarse qué era la belleza en tal o cual época.²⁴ Interrogarse sobre la manera en que los pintores percibían la feminidad. En este sentido, la experiencia de Colette Deblé es absolutamente singular. Desde hace años

²⁴ Georges Vigarello, *Histoire de la beauté. Le corps et l'art d'embellir de la Renaissance à nos jours*. Paris, Seuil, 2004 [trad. esp., *Historia de la belleza. El cuerpo y el arte de embellecer desde el Renacimiento hasta nuestros días*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2005].

esta artista representa a mujeres según cuadros pintados por pintores conocidos, tan disímiles como Miguel Ángel, Philippe de Champaigne, Girodet y Félix Vallotton. Según su trato íntimo y prolongado con estos artistas, ¿qué impresión le queda en cuanto a la mirada de ellos sobre las mujeres? "Ellas les dan miedo, pero las aman igual", responde a mi pregunta.

Puede uno preguntarse por la manera en que las mujeres veían y vivían sus imágenes, las aceptaban o las rechazaban, las disfrutaban o las maldecían, si estas pinturas las sublevaban o las cautivaban. Para ellas la imagen es antes que nada tiranía, porque las confronta a un ideal físico y vestimentario al que deben someterse. Pero también es la celebración de ellas mismas, fuente posible de placeres, de juegos sutiles. Un mundo a conquistar por el ejercicio del arte, tal como lo muestra Marie-Jo Bonnet en un libro reciente que renueva el enfoque del tema (*Les Femmes dans l'art*, 2004). Ya tendremos oportunidad de volver al asunto a propósito de la moda, las apariencias y la creación. No hay dudas de que hay que renunciar a la idea de que la imagen nos entrega un fresco de la vida de las mujeres, pero no a la idea de su poder, de su influencia sobre la imagen por el uso que hacen de ella, por la presión de su propia mirada. Por otra parte, conviene establecer diferencias entre la naturaleza de las imágenes. Entre el cuadro y la foto, Entre la imagen fija y la animada: el cine es un mundo apenas explorado desde el ángulo de la diferencia entre los sexos,²⁵ que sin embargo estructura su lenguaje. Entre las épocas y los artistas, algunos más simbólicos, puramente ideales, y otros más reales, e incluso realistas. Pero aun así, la imagen de las mujeres es un misterio y oculta, en la misma medida en que revela, lo que sabemos de ellas y ellos.

²⁵ Las obras de Geneviève Sellier son pioneras. Véase la bibliografía al final del libro.

FUENTES: MUJERES EN LOS ARCHIVOS

Discursos e imágenes recubren a las mujeres como un grueso manto. ¿Cómo alcanzarlas, cómo perforar el silencio, los estereotipos que las envuelven?

Sin embargo, existen muchas fuentes. Fuentes que hablan de ellas. Fuentes que emanan de ellas, en las que sus voces pueden escucharse directamente, que es posible encontrar tanto en las bibliotecas —lugares de lo impreso, de los libros y diarios— como en los archivos, tanto públicos como privados. Lugares solidarios y complementarios que sería un error comparar, pero que se diferencian, sin embargo, por un grado mayor o menor de espontaneidad discursiva. Todos esos son caminos que yo quisiera tomar. Por lo menos, quisiera señalar algunos de ellos.

Internémonos primero en los archivos públicos. Los archivos policiales y judiciales son los más ricos en lo que atañe a las mujeres, sobre todo a partir de los siglos XVII y XVIII, cuando el orden de la calle, así como el del país, se torna una obsesión. Ahora bien, las mujeres alteran el orden más de lo que convendría. En este aspecto, los trabajos de Arlette Farge son significativos. En el afán de recuperar, a través del contacto con el archivo y de la emoción que éste suscita, la presencia de los desconocidos, de los silenciosos de la historia, Farge extrajo de los archivos del Châtelet (la policía de París) la materia prima de una obra en la que palpita el pueblo de París. En *Vivre dans la rue* y *La vida frágil*,²⁶ las mujeres se cuelan y se afirman; en el corazón de las noticias periodísticas que cuentan conflictos y situaciones familiares difíciles —pero

²⁶ Arlette Farge, *Vivre dans la rue à Paris au XVIII^e siècle*, París, Gallimard, col. "Archives", 1979; *La Vie fragile. Violence, pouvoirs et solidarités à Paris au XVIII^e siècle*, París, Hachette, 1986 [trad. esp.: *La vida frágil. Violencia, poderes y solidaridades en el París del siglo XVIII*, México, Instituto Mora, 1994].

también la solidaridad y la vitalidad de la gente humilde que trata de arreglárselas frente a las trampas de la ciudad— se encuentran vendedoras rebeldes, hábiles empleadas domésticas, esposas furiosas, hijas casaderas "seducidas y abandonadas". En las actas asentadas por los comisarios, menos codificadas que en la actualidad, se dejan oír las recriminaciones, las quejas, las injurias, las palabras del pueblo y de las mujeres.

Jean Nicolas, en *La Rébellion française*,²⁷ ofrece un estudio casi exhaustivo de los motines del pan desde fines del siglo XVII hasta la Revolución Francesa. Allí muestra el papel de las mujeres en estos enfrentamientos, "reinas de la calle", "siempre las más vehementes", guardianas del "precio justo" de los granos. Y esto echa luz sobre el papel público de las mujeres, mucho más importante bajo el Antiguo Régimen que lo que será durante el siglo XIX, puesto que la regularización del abastecimiento y el precio del pan hicieron desaparecer paulatinamente estas rebeliones.

Anne-Marie Sohn, por su parte, se interesa por la vida privada de las parejas y de las mujeres entre 1870 y 1930, en una época en que se modifican el régimen sexual y la expresión del deseo.²⁸ En los archivos departamentales, Sohn examinó unos siete mil expedientes judiciales de los tribunales correccionales y penales sobre conflictos privados. Las tres cuartas partes de estos archivos muestran a mujeres del pueblo enfrentadas con los celos o la violencia conyugal de los cuales son víctimas (la gran mayoría de los crímenes pasionales son masculinos), pero contra los que se resisten. Estas mujeres, en absoluto resignadas, se comportan como seres de deseo, para quienes la ciudad es, a fin de cuentas, más bien un espacio de liberación.

²⁷ Jean Nicolas, *La Rébellion française. Mouvements populaires et conscience sociale, 1661-1789*, París, Seuil, col. "L'univers historique", 2002.

²⁸ Anne-Marie Sohn, *Chrysalides. Femmes dans la vie privée, XIX^e-XX^e siècles*, París, Publications de la Sorbonne, 1996.

Annick Tillier investiga sobre el principal crimen de las mujeres en el siglo XIX: el infanticidio, en los pueblos de Bretaña occidental. Tillier examinó los expedientes de los juicios que se les iniciaron.²⁹ Se trata de campesinas, en la mayoría de los casos criadas rurales que, acorraladas por embarazos no deseados, eliminan el fruto de ese embarazo en circunstancias sórdidas. Es un asombroso buceo en la condición social del campo bretón y en el desamparo y la extrema soledad de esas jóvenes mujeres, encerradas en un mutismo sin esperanzas.

Los interrogatorios, las investigaciones de la instrucción, los testimonios permiten en cierta medida acercarse a las mujeres de las clases populares en sus realidades cotidianas. Se oye el eco de sus palabras, que los comisarios de policía o los gendarmes se esfuerzan en consignar, incluso traducir. Se perciben sus reticencias, la inmensidad de lo no dicho. Se siente el peso de su silencio.

Debido al lugar que ocupan en la familia, tenemos más oportunidades de encontrar algún rastro de las mujeres en los *archivos privados*. Por definición, el estatus de esos archivos fue durante mucho tiempo —y sigue siendo— necesariamente incierto. Los archivos públicos, nacionales o departamentales, destinados a hundirse bajo los expedientes administrativos, los reciben con reticencia, a cuentagotas y de manera selectiva. Escritores, políticos o empresarios franquean el umbral, pero es mucho más difícil para la gente común, y más aún para las mujeres.

Para paliar esta carencia, ligada también a la saturación de los depósitos públicos, fueron creados diversos organismos. El Instituto Memorias de la Edición Contemporánea (IMEC, actualmente en la abadía de Ardenas, cerca de Caen) recibe los archivos de editores, revistas y en segundo lugar

²⁹ Annick Tillier, *Des criminelles au village. Femmes infanticides en Bretagne (XIX^e siècle)*, Rennes, Presses universitaires, 2002.

escritores e investigadores, como Marguerite Duras y Michel Foucault. Es un lugar muy rico para la vida intelectual contemporánea.

En 1993 Philippe Lejeune, eminente especialista en autobiografías y “escritos comunes” cuya fragilidad tenía en cuenta, creó la Asociación para la Autobiografía y el Patrimonio Autobiográfico (APA). Tiene sede en la ciudad de Ambérieu-en-Bugey (Ain), convertida en “capital de la autobiografía”, y hoy cuenta con más de dos mil documentos, de los cuales casi la mitad proceden de mujeres. Se ocupa de tres grandes tipos de literatura personal: autobiografía, diario íntimo y correspondencia. Una revista, *La Faute à Rousseau*, da cuenta de los ingresos, propone temas de reflexión y ofrece información sobre los grupos de discusión y de lectura que se van creando por todas partes. Regularmente, los coloquios reúnen a esta red autobiográfica que ilustra la necesidad de expresión individual de nuestro tiempo. En la escritura y en la palabra, las mujeres están en pie de igualdad con los hombres.

De manera general, la presencia de las mujeres en estos archivos está en función del uso que ellas hacen de la escritura, una escritura privada, íntima incluso, ligada a la familia, practicada por la noche, en el silencio del dormitorio, para responder el correo, mantener el diario y, en casos más excepcionales, contar la propia vida. La correspondencia, el diario íntimo, la autobiografía no son géneros específicamente femeninos, pero se abren en especial a las mujeres en razón, justamente, de su carácter privado. Desigualmente.

Hay pocas autobiografías de mujeres. ¿Por qué? La mirada introspectiva en cada vuelta o al término de una vida, más propia de los personajes públicos que de los privados, con el fin de hacer el balance de su existencia y dejar un rastro de ella, es una actitud poco femenina. “Mi vida es menos que nada” dicen la mayoría de las mujeres. ¿Para qué hablar de ella, si no para recordar a los hombres, más o menos “grandes”, que una conoció, acompañó o frecuentó?

Las que lo intentaron lo hicieron más bien bajo la forma de "Memorias" de su tiempo. Así, por ejemplo, Marie d'Agoult; o Malwida von Meysenbug, cuyas *Memorias de una idealista*³⁰ hablan de las revoluciones, del exilio y de los grandes hombres encontrados: Alexandre Herzen, Wagner, Nietzsche, Gabriel Monod, Romain Rolland. George Sand, en *Historia de mi vida*,³¹ soberbia autobiografía no demasiado íntima, pero muy personal, escrita entre 1847 y 1854, pretende hacer la historia de su familia en tres generaciones, entendiendo que toda individualidad es el producto del tiempo y de las transmisiones operadas por la familia, verdadero "lugar de la memoria" sandiano. Esta "gran mujer" innova. Por supuesto, la situación del siglo XX cambió considerablemente en la medida en que las mujeres ingresan a la cosa pública.

La *correspondencia* es, en cambio, un género muy femenino. Desde madame de Sévigné, ilustre antepasada, la carta es un placer, una licencia, hasta un deber para las mujeres. Son sobre todo las madres las corresponsales del hogar. Escriben a los parientes ancianos, al marido ausente, al adolescente interno, a la hija casada, a las amigas del convento. Sus epístolas circulan a veces entre la parentela. La carta constituye una forma de sociabilidad y de expresión femenina autorizada, incluso recomendada o tolerada. Forma distanciada del amor, más cómoda y menos peligrosa que el encuentro, la carta de amor lo sustituye hasta el punto de representar lo esencial. Se convierte en un tema y un motivo de la literatura (la novela epistolar) y la pintura de género, sobre todo holandesa: la mujer que lee una carta

³⁰ Sobre Malwida, véase la biografía de Jacques Le Rider, *Malwida von Meysenbug. Une Européenne du XIX^e siècle*, París, Bartillat, 2005. Ofrece extensos fragmentos de estas *Memorias de una idealista* (edición en francés, Ginebra, 1869; edición francesa, con prólogo de Gabriel Monod, París, Fischbacher, 1900; edición alemana completada, 1876), hoy inhallables.

³¹ Edición presentada por Martine Reid, París, Gallimard, col. "Quarto", 2004 [trad. esp.: *Historia de mi vida*, Barcelona, Salvat, 1995].

en la intimidad, o cerca de una ventana, en la frontera entre el interior y el exterior, y sueña con el amante o con el marido viajero o guerrero (véase Vermeer de Delft).

Las correspondencias privadas femeninas rara vez son publicadas, excepto cuando muestran a los grandes hombres: la correspondencia de François Guizot con su hija Henriette, o la de las hijas de Marx con su padre Karl. La *Correspondance* de George Sand es excepcional por su amplitud (veinticinco volúmenes publicados por Georges Lubin),³² por su duración, su variedad y su densidad familiar, amorosa, amistosa, artística y política. De Musset a Flaubert, de Agricol Perdiguier y Pierre Leroux a Mazzini, Barbès y el príncipe Napoleón Bonaparte, sus interlocutores son innumerables. Pero también escribe a su marido, Casimir Dudevant, para decirle, en veintidós páginas, sus decepciones y expectativas sobre el modo de vida que comparten (1822). A su hijo Maurice, estudiante, le prodiga consejos para una educación cívica y ciudadana. Al amante que la abandona, Michel de Bourges, le dirige desgarradoras cartas de pasión contrariada. Con Flaubert, el "querido trovador", discute sobre literatura, dificultades de la edad, placeres de la amistad.³³

La destrucción y el anonimato amenazan las cartas ordinarias. Paula Cossart acaba de publicar una correspondencia amorosa, más aún, adúltera: unas mil quinientas cartas, encontradas casi por casualidad en los Archivos de París. Es un testimonio excepcional sobre el sentimiento y las prácticas amorosas del siglo XIX, en una pareja de la bur-

³² Publicados por Garnier y Bordas (1964-1971). Hay que agregar el volumen de las *Lettres retrouvées*, publicadas por Thierry Bodin, París, Gallimard, 2004.

³³ La *Correspondance* intercambiada entre Sand y Flaubert fue publicada por Alphonse Jacobs en las ediciones Flammarion. Bajo el título de *Chère maître*, como llamaba Flaubert a Sand, se realizó un espectáculo-lectura con Marie-France Pisier, en el teatro Gaîté-Montparnasse, en el invierno de 2004-2005.

guesía intelectual romántica cuyo ideal sigue siendo el matrimonio.³⁴ Pero aún falta descubrir muchos secretos ocultos en los desvanes familiares, que desgraciadamente están en vías de desaparición.

Del *diario íntimo*, práctica adolescente y en especial femenina, Philippe Lejeune hizo un principio de inventario³⁵ que hay que continuar. La escritura del diario era un ejercicio generalmente recomendado, sobre todo por la Iglesia, que lo concebía como un instrumento de dirección de conciencia y autocontrol. Lo mismo entre los protestantes. Las educadoras laicas eran a veces reticentes ante una excesiva introspección.

En la vida de una mujer el diario ocupa un momento limitado pero intenso, interrumpido por el matrimonio y la pérdida del espacio íntimo. Está ligado al cuarto de soltera. Por un momento breve, permite la expresión personal.

Estos diversos tipos de escritos tienen algo infinitamente precioso: autorizan la afirmación de un "yo". Ellos permiten que se oiga el yo, la voz de las mujeres. Voces menores, es cierto, de mujeres cultas o por lo menos con acceso a la escritura, y de quienes, además, se conservan los papeles. Una serie de condiciones que se cumplen muy poco.

Elaborar archivos, conservarlos, registrarlos supone cierto compromiso con uno mismo, con la propia vida, con la propia memoria. Es, por fuerza, un acto poco femenino. La pérdida, la destrucción, la autodestrucción son mucho más frecuentes. Los descendientes que se interesan a veces en los grandes hombres de la familia, pero mucho menos

³⁴ Paula Cossart, *Vingt-cinq ans d'amours adultères. Correspondance sentimentale d'Adèle Schunck et d'Aimé Guyet de Fernex, 1824-1849*, Paris, Fayard, 2005.

³⁵ Philippe Lejeune, *Le Moi des demoiselles. Enquête sur le journal de jeune fille*, Paris, Seuil, 1993; Philippe Lejeune y Catherine Bogaert, *Le Journal intime. Histoire et anthologie*, Paris, Textuel, 2006.

en sus bisabuelas, desdibujadas y oscuras, destruyen o venden sus papeles. Georges Ribeill encontró en el mercado de pulgas de Saint-Ouen un volumen aislado del diario de Caroline Brame, muchacha del barrio de Saint Germain bajo el Segundo Imperio, malvendido sin dudas con un lote de libros de religión que conformaban su biblioteca.³⁶ Un ejemplo bastante clásico de una liquidación común. Por eso, previendo la negligencia e incluso la burla de herederos indiferentes, muchas mujeres ordenaban sus asuntos en el ocaso de sus vidas; clasificaban su correspondencia; quemaban sus cartas de amor, sobre todo si comprometían su honor; destruían su diario, testigo de emociones, de esperanzas rotas, de sufrimientos pasados que era mejor ocultar. ¿Para qué exponerse inútilmente a la curiosidad desconsiderada o a la incompreensión de miradas indiscretas?

De allí la voluntad de las mujeres, a menudo feministas, de armar archivos de mujeres para luchar contra la dispersión y el olvido, ya desde principios del siglo XX. Marie-Louise Bouglé, modesta empleada, amiga de Marguerite Durand (la fundadora de *La Fronde*), emprendió la tarea de reunir textos, panfletos, carteles, cartas, objetos surgidos del feminismo contemporáneo; a menudo se los compraba a los vendedores de libros usados. Luego destinaba este material a la biblioteca Marguerite-Durand. Cuando Bouglé murió, su marido, embargado por la Segunda Guerra Mundial, dejó todo en la Biblioteca Nacional con la complicidad de su administrador, Julien Cain, y murió también. Este depósito quedó olvidado hasta que en los años setenta fue redescubierto, trasladado a la Biblioteca Histórica de París y clasificado tardíamente por una historiadora, Maïté Albistur. Gracias a ella se lo puede consultar.

³⁶ Diario publicado bajo el título *Journal intime de Caroline B. Une jeune fille sous le second Empire*, investigación de Georges Ribeill y Michelle Perrot, Paris, Arthaud-Montalba, col. "Archives privées", 1985.

Para evitar tales vicisitudes, en el año 2000 Christine Bard organizó, en Angers, los "Archivos del feminismo" en el marco de la Biblioteca Universitaria y por convención. En este momento estos archivos albergan varias colecciones importantes. Colecciones que provienen de Cécile Brunschvicg (1877-1946), feminista en el seno del partido radical, una de las tres subsecretarias de Estado nombradas por Léon Blum en el gobierno del Frente Popular (en una época en que las mujeres no tenían derecho al voto) y partidaria de todas las causas de las mujeres; del Consejo Nacional de Mujeres Francesas, creado en 1901, la asociación feminista francesa más antigua; de Yvette Roudy, ex ministra socialista de los Derechos de la Mujer; de Suzanne Képès (1918-2005), gran figura de la planificación familiar. Y de muchas otras más.³⁷

Archivos de mujeres para una historia de las mujeres.

VOCES DE MUJERES EN LAS BIBLIOTECAS

Hemos buscado las huellas de las mujeres en los archivos. Debemos rastrearlas también en el material impreso y en las bibliotecas. Para escuchar sus voces *—las palabras de las mujeres—*,³⁸ no sólo hay que abrir los libros que hablan de ellas, las novelas que las narran, las imaginan y las escrutan *—fuente incomparable—*,³⁹ sino también los que ellas escribieron. Hojear los diarios que han publicado desde el siglo XVIII.

³⁷ Consultar el boletín *Archives du féminisme* (núm. 9, diciembre de 2005), que informa sobre el estado de las colecciones y, de manera más general, sobre todas las acciones para la preservación de la memoria de las mujeres.

³⁸ Mona Ozouf, *Les mots des femmes. Essai sur la singularité française*, París, Fayard, 1995.

³⁹ Mona Ozouf, *Les Aveux du roman, Le XIX^e siècle entre Ancien Régime et Révolution*, París, Fayard, 2001; Nathalie Heinich, *États de femme. L'identité féminine dans la fiction occidentale*, París, Gallimard, 1992.

Franquear con ellas, por consiguiente, las trabas que durante tanto tiempo se les pusieron en su acceso a la escritura, frontera prohibida del saber y la creación; más adelante veremos cómo se obstruyó esta frontera y cómo fue atravesada.

¿Cuáles fueron *las vías de la escritura* para las mujeres en este mundo prohibido? En principio, la religión y lo imaginario: las vías místicas y literarias; la oración, la meditación, la poesía y la novela. Son éstos los caminos de las primeras mujeres que escriben, las pioneras de la escritura: Safo, la misteriosa poetisa griega que a fines del siglo VII da vida en Lesbos a un coro donde cantan las jóvenes de la aristocracia; la religiosa Hildegarde de Bingen, autora en el siglo XII del *Hortus deliciarum* (*El jardín de las delicias*, recopilación de cantos gregorianos); Margarita Porete (*El espejo de las almas simples*) quemada por hereje en el siglo XIV; Catalina de Siena, letrada y consejera del papa; la gran Cristina de Pizán cuya *Ciudad de las damas* marca una ruptura en el siglo XV. "En mi locura me desesperaba el que Dios me hubiese hecho nacer en un cuerpo femenino", dice, con esa sed de igualdad que brota por todos los poros de este Prerrenacimiento.

Dos lugares fueron propicios a la escritura: los conventos y los salones, el claustro y la conversación. En la Edad Media los conventos favorecen la lectura e incluso la escritura de las mujeres, a tal punto que, a finales del siglo XIII, las mujeres de la nobleza se muestran culturalmente superiores a los hombres que guerrear en las cruzadas o en otra parte. Cultas y deseosas de amar de otra manera: así nació, quizás, el amor cortés. Las religiosas copian los manuscritos y se apropian del latín prohibido. Los conventos diversifican su clientela y su papel en el siglo XVII, pero siguen siendo focos de cultura para las mujeres, cada vez más exigentes. Teresa de Ávila, las religiosas de Port-Royal, la borgoñona Gabrielle Suchon (1632-1703) se afirman como mujeres del libro. Gabrielle, religiosa secularizada, publica en 1693 un *Tratado de la moral*

y de la política muy apreciado.⁴⁰ prueba de que las mujeres ya no se limitan a la devoción. En el siglo XVII, el salón de madame de Rambouillet es el bastión de las Preciosas, que exigen galantería y un lenguaje bello. Tras sus pasos, Madeleine de Scudéry escribe interminables novelas que renuevan la expresión del sentimiento amoroso. Y madame de La Fayette, la obra maestra más breve: *La princesa de Clèves*. En adelante, la senda está abierta para las "mujeres que escriben", esas mujeres autoras que el misógino siglo XIX intentará, en vano, limitar y contener. Mujeres a menüdo de origen aristocrático, más o menos empobrecidas, que tratan de ganarse la vida de manera digna con la pluma o el pincel. Es el caso de George Sand, cuya obra hoy llena los estantes de la Biblioteca Histórica de París y la Biblioteca Nacional. En el catálogo "autores" de esta última, la bibliografía de las obras de Sand sola llena varias páginas.

Otros factores estimularon la producción de las mujeres. Por ejemplo, la existencia de un lectorado femenino al que las mujeres autoras se adaptaban mejor, o se suponía que lo hicieran. Algunos géneros parecían particularmente adecuados: los libros de cocina, de urbanidad (la baronesa Staff, autora en 1899 de la *Guía de los usos mundanos*), de pedagogía, las revistas de moda, las novelas, que las mujeres leían con avidez. George Sand se dirige más explícitamente a sus "lectoras", cuyo modo de pensar quiere cambiar.

Por último, el feminismo en todas sus formas, laico o cristiano, ha sido un poderoso estimulante. En especial en el dominio de la prensa que era su modo de expresión.

Es cierto que no puede hablarse de oleada —ni de "invasión", como hacen las personas hostiles a la escritura de las

⁴⁰ Séverine Auffret publicó diversas obras de Gabrielle Suchon en la editorial Arléa. Entre ellas, el *Petit traité de la faiblesse, de la légèreté, de l'inconstance qu'on attribue aux femmes mal a propos* (París, Arléa, 2002), que se inscribe en la "batalla de las mujeres" del siglo XVII, cuando se empieza a hablar de una posible igualdad de los sexos.

mujeres—, sino de un ingreso a la escritura, una inscripción en el material impreso cada vez más frecuente. ¿Hoy en día es parejo? No sé. En todo caso, hoy se oye mucho más la voz de las mujeres; o, al menos, voces de mujeres. Podemos consultar sus libros. Podemos leer sus palabras.

De la prensa y las mujeres

Al lado de los libros están los diarios y las revistas, materiales de los que las mujeres son lectoras y productoras. Leen poco los diarios, cuyo contenido político está más dirigido a los hombres. Pero se apropian de las páginas donde aparecen los folletines. Hace un cuarto de siglo Anne-Marie Thiesse llevó a cabo una investigación sobre las lectoras de 1900.⁴¹ Recogió recuerdos felices de las antiguas lectoras que, a la luz de la vela, o en su dormitorio, leían a hurtadillas, con un sentimiento de culpa persistente y delicioso, las desgracias de la "panadera" o del "aprendiz del lavadero".

La primera prensa femenina especializada es la prensa de moda, que empieza a desarrollarse en el siglo XVIII. La mayoría de las veces está escrita por hombres, pero las mujeres logran colarse: por ejemplo en el *Journal des dames* (1759-1778) de París. En Londres, Eliza Haywood había logrado dar vida durante dos años al serio *Female Spectator*.⁴²

Esta prensa conoce en el siglo XIX un gran desarrollo gracias al éxito que tiene entre las mujeres, en busca de

⁴¹ Anne-Marie Thiesse, *Le Roman du Quotidien. Lectures et lecteurs à la Belle Époque*. París, Le Chemin vert, 1983.

⁴² Nina Ratner-Gelbart, "Les femmes journalistes et la presse (XVII^e-XVIII^e siècles)", en Arlette Farge y Natalie Z. Davis (dirs.), *XVI^e-XVIII^e siècle*. París, Perrin, 2001; t. 3 de Georges Duby y Michelle Perrot (dirs.), *Histoire des femmes en Occident*, 5 vols., París, Plon, 1991-1992 [trad. esp., *Historia de las mujeres en Occidente*, t. 3: *Del Renacimiento a la Edad Moderna*, Madrid, Taurus, 2000].

consejos para una moda que las obsesiona. Pero esta vez algunas mujeres se infiltran y a veces hasta se apoderan de ella. Es el caso del *Journal des demoiselles*, al que Christine Léger (fallecida prematuramente) dedicó una tesis inédita. Se trata de un periódico mensual compuesto, escrito e incluso financiado en parte por mujeres. Las eclécticas secciones van de la moda a las recetas de cocina; de los relatos de viajes, ilustrados con grabados imaginativos, a las biografías de mujeres "ilustres". El género biográfico está en pleno auge. Reinas y santas obtienen gran éxito. Detrás de esa fachada un poco convencional se observa, en las decisiones y en el tono, una voluntad de emancipación de las mujeres a través de la educación y hasta del conocimiento y el trabajo. Se aconseja a las jóvenes estudiar lenguas extranjeras porque la traducción es una ocupación, y eventualmente un oficio, conveniente para una mujer. Por supuesto, hay mucho para decir sobre esa asignación de la traducción a las mujeres. Pero es un principio, una brecha que se abre en zonas prohibidas.

Las revistas femeninas desempeñaron un rol creciente en los siglos XIX y XX. Évelyne Sullerot lo ha señalado.⁴³ Los responsables comerciales buscan sobre todo captar potenciales consumidoras, guiar sus gustos y sus compras. La industria cosmética y la de los artículos para el hogar apuntan en primer lugar a las mujeres "de revista". En el período de entreguerras, la revista *Mon chez moi* —de Paulette Bernège, una émula de la estadounidense Christine Frederiks—, ligada por lo demás a los productores de electricidad, pretende hacer del ama de casa una profesional bien equipada. Pero algunas mujeres aprovechan estas tribunas para desarrollar la emancipación de las mujeres. Así, por ejemplo, en

⁴³ Évelyne Sullerot, *Histoire de la presse féminine en France, des origines à 1848*, París, Armand Colin, 1966.

Marie-Claire Marcelle Auclair responde de manera muy libre al "correo del corazón" y defiende el derecho a la anti-concepción, a la que dedica sus primeros consejos. Toda la ambigüedad de la prensa femenina se juega allí, en ese punto de encuentro de imágenes y conductas.

La prensa feminista es más comprometida. Laure Adler⁴⁴ señaló la emergencia de las primeras periodistas, cuyo papel político en la crítica del poder analizó Michèle Riot-Sarcey.⁴⁵ Las feministas son conscientes del rol de la prensa en la opinión pública. Ellas se hacen cargo de esa tribuna con profesionalismo y, al mismo tiempo, con mucho idealismo. Negándose, por ejemplo, a llevar el apellido del marido las mujeres se "llaman por el nombre". Marie-Jeanne, Désirée, Eugénie, Claire y las otras entran en el baile en dos oleadas distintas: en 1830-1832 la prensa sansimoniana —*La Femme Libre*— pone en primer plano la reivindicación de los derechos civiles (derecho al divorcio) y de la libertad sentimental, amorosa, sexual, de la cual se hace eco George Sand en *Indiana* (1832) y en *Lelia* (1833), tanto como en su vida. Claire Démar protesta contra una "promiscuidad de las costumbres", que atrapa a las mujeres en posición de inferioridad, en *Ma loi d'aventir* (1833), un grito vibrante contra la dominación masculina antes de su suicidio.

Los diarios publicados en 1848 por Eugénie Niboyet, Désirée Gay y Jeanne Deroin son más políticos que sociales.⁴⁶ Esta prensa reivindica el derecho de las mujeres al trabajo, la igualdad de los salarios y la formación de cooperativas; por otra parte, el derecho a voto que, sabemos, entonces les será rechazado.

⁴⁴ Laure Adler, *A l'aube de féminisme: les premières journalistes (1830-1850)*, París, Payot, 1979.

⁴⁵ Michèle Riot-Sarcey, *La Démocratie à l'épreuve des femmes. Trois figures critiques du pouvoir (1830-1848)*, París, Albin Michel, 1994.

⁴⁶ *La Voix des femmes, La Femme libre, L'Opinion des femmes.*

Esta primera prensa feminista es muy original, no solamente por su contenido sino por su ejecución. Además del uso antipatriarcal del patronímico, abre una "tribuna de lectoras" que suscita mucho interés y pone de manifiesto la voluntad de crear una red. Liberada por la ley de 1881, que funda el régimen del periodismo moderno, la prensa feminista de la Tercera República, estudiada por Laurence Klejman y Florence Rochefort,⁴⁷ es más abundante. Son decenas de títulos entre 1880 y 1914, entre ellos *La citoyenne* de Hubertine Auclert y sobre todo *La Fronde* de Marguerite Durand, una experiencia excepcional. *La Fronde*, primero diario (1897-1901), después mensual (1901-1905), está enteramente concebido, redactado y hasta compuesto tipográficamente por mujeres, lo cual no era un camino muy fácil dada la hostilidad hacia el empleo femenino en los oficios del libro.

A partir de entonces, el diario pasa a ser una de las formas de expresión de las mujeres, tanto en Francia como en la mayoría de los países occidentales. A la vez, las mujeres acceden a un oficio hasta entonces masculino: el periodismo. Después de George Sand y Delphine de Girardin, periodistas ocasionales, Colette, Séverine, Gyp, Louise Weiss emprenden nuevos caminos, mejor definidos y más osados. Entre las dos guerras, algunas mujeres se animan al gran reportaje, como Andrée Viollis que a partir de 1935 alerta a la opinión sobre la situación de los campesinos del Tonkin en *Le Petit Parisien*.⁴⁸ Hoy las mujeres se hacen presentes en todos los puntos del mundo.

A estas fuentes clásicas conviene agregar las fuentes producidas por la llamada historia "oral", "autobiografía

⁴⁷ Laurence Klejman y Florence Rochefort. *L'Égalité en marche. Le féminisme sous la III^e République*. París, Presses de la FNSP/Des femmes, 1989.

⁴⁸ Andrée Viollis. *Indochine sos*, 1935, reportaje para *Le Petit Parisien*.

de los que no escriben", y recogidas en grabadores. Este método llegó a su apogeo, e incluso despertó un gran entusiasmo, durante la década de 1970, en la huella de cierto populismo cultural que quería hacer hablar a los mudos, los ausentes de la historia: los obreros, las mujeres. Éstas interesaban a doble título: como testigos de lo privado (en una pareja de militantes, el marido habla de su actividad y la mujer de la vida de familia: división ancestral de los roles) y como testigos de ellas mismas. El Instituto de Historia del Tiempo Presente se ha mostrado particularmente activo al respecto.⁴⁹ Anne Roche y Marie-Claude Taranger recolectaron los recuerdos de mujeres de la región de Marsella y los presentaron en un libro-manifiesto, *Celles qui n'ont pas écrit*,⁵⁰ a la vez guía metodológica y textos sugestivos, como "La vie d'une jeune ouvrière à Marseille".

Los museos de artes y tradiciones populares, los ecomuseos, también proveen numerosos elementos sobre la arqueología de la vida cotidiana de las mujeres: por ejemplo el taller de una costurera, presentado hace poco en el museo de Porte Maillot, en París.

De los lugares para la historia de las mujeres

Las fuentes para la historia de las mujeres están por todas partes, mezcladas con las de los hombres, pero existen algunas bibliotecas o colecciones especializadas.

La Biblioteca Nacional es "un mar de historias", la madre de la historia de las mujeres. Encierra libros de ellas y sobre ellas; manuscritos (la totalidad de los manus-

⁴⁹ En torno a Sylvie Schweitzer y Danièle Voldman.

⁵⁰ Anne Roche y Marie-Claude Taranger. *Celles qui n'ont pas écrit. Récits de femmes dans la région marseillaise, 1914-1945*. Aix-en-Provence, Édisud, 1995, prólogo de Philippe Lejeune.

critos de Simone de Beauvoir, los de Simone Weil) y, en la actualidad, fuentes audiovisuales inventariadas en un coloquio reciente del INA. Consúltese la *Guide* (2004) redactada por Annick Tillier, que incluye una presentación de las fuentes impresas, necesariamente dispersas, de la Biblioteca Nacional sobre las mujeres (por ejemplo para la historia religiosa); pero también un inventario de los recursos con que cuenta el departamento de manuscritos (colecciones Louise Weiss, Nathalie Sarraute, Hélène Cixous...); un inventario de las colecciones del Arsenal, papeles de actrices y artistas; una importante bibliografía clasificada de varios centenares de títulos. Es un notable instrumento de trabajo.⁵¹

Existen algunas bibliotecas especializadas en Europa (en Ámsterdam), en los Estados Unidos (la Schlesinger Library) y en París, la célebre biblioteca Marguerite-Durand,⁵² fundada entre las dos guerras por Marguerite Durand y enriquecida con numerosas donaciones. Está conformada por millones de libros y documentos y una importante colección de periódicos y manuscritos. Durante los últimos treinta años se ha transformado en un lugar de investigación muy frecuentado.

Señalemos, por último, Musea, un ciber museo de historia de las mujeres y del género (<<http://musea.univ-angers.fr>>), realizado por Christine Bard y Corinne Bouchoux, que provee información de toda naturaleza, enriquecida y actualizada sin cesar.

Así brotan las fuentes ante la mirada que las solicita. Esta mirada que construye el relato llamado historia.

⁵¹ Junto con Françoise Thébaud (dir.), *Pas d'histoire sans elles*, guía realizada por el Centro Nacional de Documentación Pedagógica de la academia de Orleans-Tours, 2004, en ocasión de los encuentros llamados *Rendez-vous de l'histoire* y celebrados en Blois sobre "Las mujeres en la historia"

⁵² Bibliothèque Marguerite-Durand, 79, rue Nationale, 75013. Se puede consultar también *Aspaste*, fondo de documentación sobre la historia de las mujeres y del género, en el Instituto Universitario de Formación de Maestros de Lyon.

Y prehistoria. Claudine Cohen, al interrogar de otra manera los frescos de las grutas y los objetos prehistóricos, nos da una visión de la *mujer de los orígenes*,⁵³ liberada de la envoltura religiosa y erótica que la encerraba. Y los prehistoriadores, que analizan hoy la pertenencia sexual de las manos de las pinturas rupestres, nos dicen que las mujeres estaban en todas partes: ya lo creíamos, pero ahora estamos seguros. Sus manos hablan por ellas.

⁵³ Claudine Cohen, *La Femme des origines. Images de la femme dans la préhistoire occidentale*, París, Belin-Herscher, 2003. El índice de Manning (University of Central Lancashire) intenta medir el dimorfismo sexual.